El gato que sabía.-

El hombre tenía sesenta y siete años y una soledad que no le pesaba demasiado. Pero no era un hombre amargado.

Vivía solo, aunque no exactamente por desgracia. Con los años había aprendido que la compañía constante lo cansaba. Demasiadas palabras, demasiadas discusiones inútiles, demasiada gente convencida de tener razón a cualquier precio. Demasiado ruido sin necesidad, demasiadas opiniones gritadas.

No era una persona antipática (aunque sí de fuerte carácter que había domesticado en los últimos años), al contrario. Era educado, amable, ocurrente y divertido, generoso y tenía una empatía silenciosa que aparecía cuando alguien realmente la necesitaba. Simplemente no sentía la necesidad de vivir rodeado de gente.

Aquel final del verano se había instalado unas semanas en una pequeña casa al borde de un acantilado, donde el mar golpeaba las rocas con la paciencia de los siglos y la montaña comenzaba a pocos metros detrás. Allí le bastaban pocas cosas: libros, café, rutinas de gimnasia de fuerza, el cuidado de aquella casa prestada y largos paseos por los senderos de piedra.

Allí los días eran simples, se acostaba al oscurecer tras unas puestas de sol impresionantes y madrugaba para estar despierto y contemplar los maravillosos amaneceres.

En uno de esos paseos de pronto observó una figura fugaz y escuchó unos maullidos débiles.

Apartó unos arbustos y los vio.

Una gata salvaje con varios gatitos.

Se quedó quieto y los observó unos segundos.
Todos incluida su madre estaban tan delgados que sus costillas se dibujaban bajo el pelaje.

Aquello no era hambre de capricho. Era hambre de verdad. Hambre de la que aprieta por dentro y no permite ocuparse de otra cosa que saciarla.

El hombre suspiró.

—Bueno… —murmuró—. Mala suerte gatitos, mira que cruzarse con un viejo gruñón pero blando. Y sonrió.

Volvió a la casa y regresó con comida y la dejó a cierta distancia. No intentó tocarlos. Sabía que los animales salvajes tienen el mismo derecho a la desconfianza que los humanos.

Los gatos comieron con una urgencia que partía el alma. Luego siguieron a su madre entre las rocas.

Todos menos uno.

Era el más pequeño, débil y sucio.

Mientras los otros desaparecían entre los arbustos, aquel se quedaba sentado a unos metros, mirándolo.

El hombre lo notó desde el primer día.

Había algo en aquella mirada.

No miedo. No exactamente curiosidad. Era más bien una especie de atención tranquila, como si el animal estuviera intentando comprender quién era aquel humano.

El hombre empezó a hablarle.

No sabía muy bien por qué.

Quizá porque el animal siempre respondía.

—¿Y tú? — preguntó el hombre una tarde.

El gato respondió con un maullido breve.

El hombre sonrió sin darse cuenta.

—Ya veo que también hablas.

—No te conviene confiar en la gente —le dijo.

—Miau.

—A mí me costó aprenderlo.

—Miau.

A partir de entonces comenzaron a conversar y las semanas pasaron entre silencios y conversaciones absurdas.

El hombre le hablaba mientras se sentaba en una roca o a la entrada de la casa. El gatito respondía con pequeños maullidos, como si contestara cada pregunta.

Nunca entraba en la casa.

Pero tampoco se marchaba.

Por las noches se quedaba en la puerta, acurrucado contra la madera, esperando a que el hombre abriera al amanecer.

Así el tiempo fue pasando.

La distancia entre ellos fue desapareciendo poco a poco, como ocurre con todas las confianzas verdaderas: sin prisa, sin gestos bruscos.

Los días se convirtieron en semanas., entre silencios y conversaciones absurdas.

Hasta que un día cuando el gatito se acercó lo suficiente para comer el hombre acerco su mano muy despacio y le acarició la cabeza y el lomo. El gato no huyó como otras veces anteriores.

El hombre no se movió.

Esperó.

Y entonces ocurrió algo que aquel animal nunca había permitido antes: aceptó una caricia humana.

Fue un gesto breve.

Pero suficiente.

El pacto estaba hecho.

Poco más de un mes más tarde después el hombre, sumergido en un mar de dudas y en parte superado por la responsabilidad que adquiría, decidió llevarlo a vivir con él.

Una vez en la ciudad lo llevó a la veterinaria para revisarlo, ponerle el obligatorio chip de identificación, desparasitarlo y hacerle todas las analíticas necesarias.

La veterinaria revisó los informes y sonrió.

—Entre todos los gatos que te rodeaban, elegiste al que estaba en peor estado físico, más débil y con potenciales problemas de salud.

El hombre respondió con tranquilidad natural:

—Mucho mejor. Me alegra saber que escogí al más necesitado.

El tiempo pasó.

El gato y el hombre se volvieron inseparables. Compartían las mañanas tranquilas, los silencios del sofá y las pequeñas rutinas diarias que terminan formando una vida.

La vida juntos fue sencilla. El vínculo entre ambos creció y se sentía cada vez más fuerte. Compartían silencios, juegos, siestas y tardes tranquilas.

No necesitaban mucho.

El hombre leía.
El gato dormía cerca.
Por las mañanas se enroscaba entre sus piernas mientras preparaba café y lo esperaba detrás de la puerta de entrada al piso cuando el hombre regresaba de sus largas caminatas de madrugada.

Aquel piso, que antes estaba en silencio, ahora respiraba.

Pasó un año.

Y entonces el hombre enfermó.

Al principio fue cansancio. Luego dolor. Cada noche dormir se volvió más difícil. Sólo encontraba alivio cuando lograba permanecer boca arriba, porque si se giraba mientras dormía el dolor lo despertaba.

El gato parecía haberlo notado antes que nadie y a partir de ahí el minino empezó a vigilarlo.

Dormía cerca de su cabeza.
Lo seguía de habitación en habitación.

Una noche hizo algo extraño.

Saltó sobre la cama y se acomodó sobre el pecho del hombre. Apoyó la cabeza junto a su cuello y se quedó allí.

Toda la noche.

La noche siguiente volvió a hacerlo.

Y la siguiente también.

Aquella tercera noche el hombre abrió los ojos en la oscuridad y sintió que el gato respiraba despacio sobre su pecho y ronroneaba. Entendió entonces lo que pasaba: el gato usando su peso con estrategia impedía que dormido el hombre se girara involuntariamente y volvieran las molestias. Gracias a eso podía descansar más tiempo sin que el dolor lo despertara

Durante un año había pensado que él había elegido al gato más débil.

Que había rescatado al más necesitado.

Pero quizá no había sido así.

Quizá los animales saben cosas que nosotros no sabemos.

Tal vez aquel pequeño gato había visto algo desde el principio en su primer encuentro.

Tal vez había entendido, antes que nadie, que aquel hombre solitario que siempre decía no necesitar a nadie… terminaría necesitándolo a él.

Esa noche hombre levantó una mano y la posó con suavidad sobre el lomo del gato.

El animal siguió allí, inmóvil, respirando contra su cuello.

Velando su sueño.

Tal vez aquel gato, con ese sexto sentido inexplicable que tienen los animales, había visto antes que nadie lo que vendría, cuál sería su misión y por qué sus vidas se habían cruzado.

Como si, desde el primer día junto al acantilado, el gatito hubiera sabido exactamente para qué había llegado. No fue el hombre el que eligió al gato. Fue el gato quien lo eligió a él.

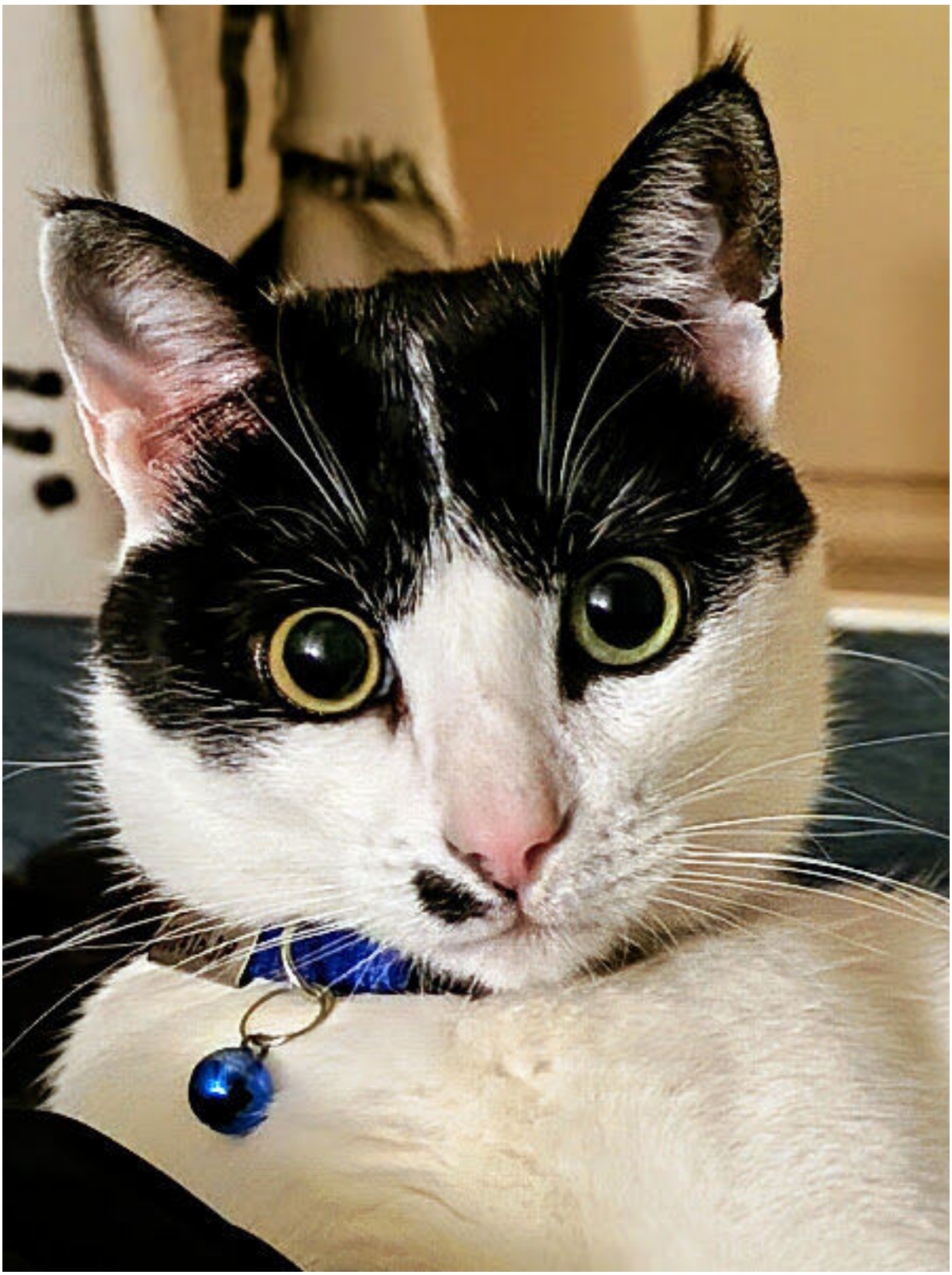
Y en la oscuridad de aquella noche, el hombre comprendió algo que no había entendido en toda su vida:

que hay criaturas que llegan para pedir ayuda…

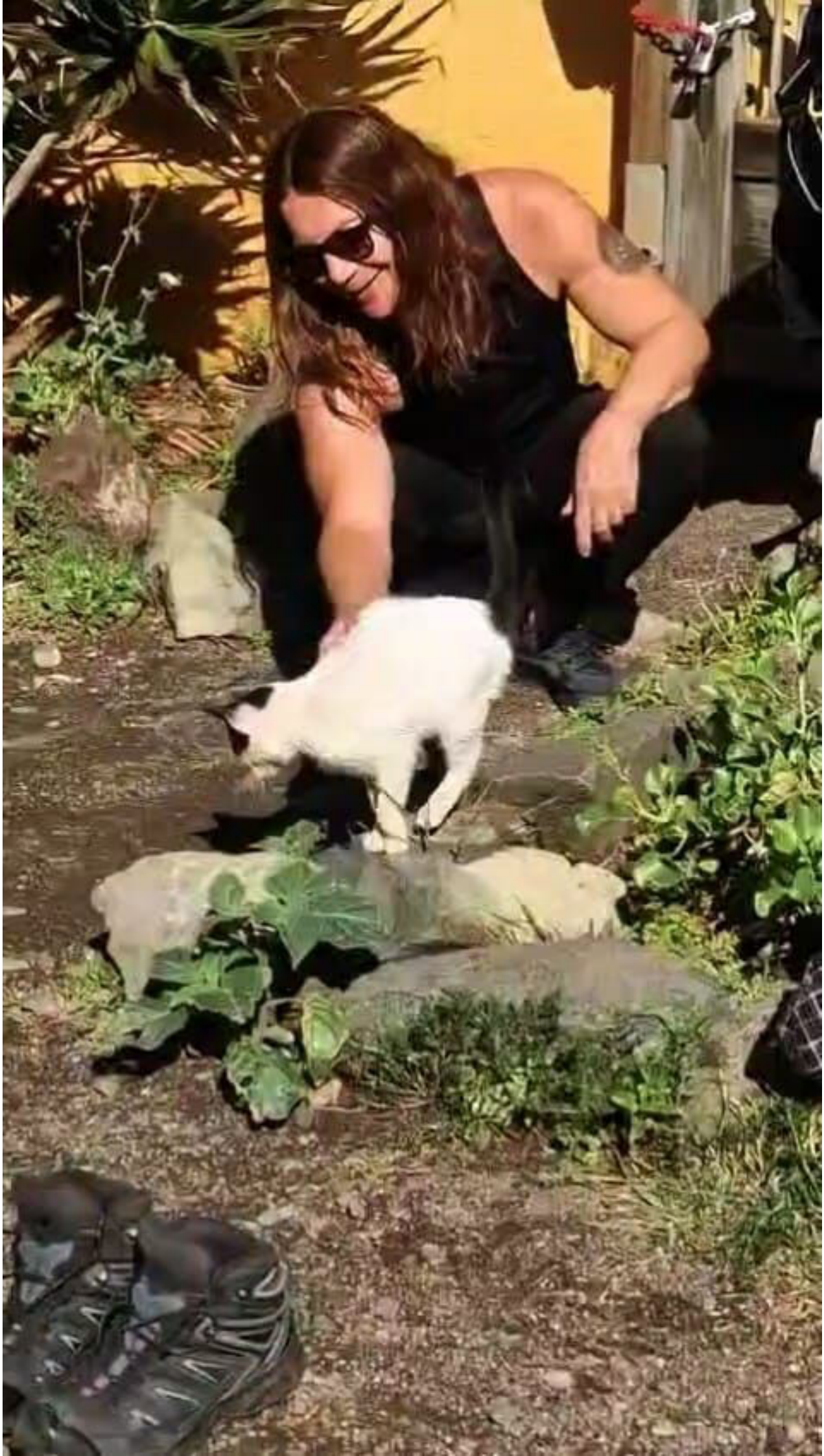
y otras que llegan porque saben que algún día **seremos nosotros quienes la necesitaremos**.

Moraleja:

A veces creemos que salvamos a alguien, cuando en realidad ese alguien llegó para salvarnos a nosotros.



CLOSED



CLOSED